

24. Prohibió tambien Urbano VIII esponer á la veneracion pública los retratos de las personas que hubiesen muerto en olor de santidad, poner velas encendidas en sus sepuleros, y publicar sus milagros sin la aprobacion del ordinario. Pocas serán las personas que no conocen cuán prudente fue esta constitucion. Por lo qual en lo sucesivo se confirmó y se observó con toda puntualidad: y si siempre se hubiera hecho lo mismo, no se verian ahora tantas leyendas llenas de milagros apócrifos, y algunas veces tan extravagantes que sirven solo para autorizar las censuras de los hereges y la irrision de los impios. Por otra parte, es propio y privativo de la Iglesia canonizar la virtud, puesto que á ella sola dirige el Espíritu Santo en el arreglo de nuestro culto.

25. En el discurso del año 1625 canonizó el Pontífice Urbano á Santa Isabel, Reina de Portugal, certificando que habia sido de la orden tercera de San Francisco; y beatificó á Felix de Cantalicio, que en la clase obscura de lego capuchino, habia alcanzado una santidad eminente, y á Andrés Avelino, sacerdote de la congregacion de los teatinos.

26. Habia sido al principio Andrés abogado, aunque solo defendia las causas eclesiásticas; pero con una integridad y un desinterés que honraban el sacerdocio de que estaba revestido. Escapósele un dia una mentira muy leve en el ardor de la disputa, y habiendo leído por casualidad poco despues este pasage de la Escritura: *la boca que miente, da muerte al alma*, quedó penetrado de tan vivo arrepentimiento,

que abandonó desde luego las funciones del foro, y entró en los teatinos, donde despues de cumplir con las obligaciones de las reglas, consagróse del todo á la oracion y á la salvacion de las almas, en particular las de los pobres. Se puede formar juicio de la eminencia de su virtud, por los dos votos que hizo y observó de un modo inviolable: el primero de oponerse en todas las cosas á su propia voluntad, y el segundo de ir siempre adelante en la carrera de la perfeccion. Atendiendo Urbano VIII al propio tiempo al bien temporal y al espiritual de la Iglesia, reunió á los estados de la santa Sede el ducado de Urbino, por la donacion *inter vivos* que de él le hizo el duque Francisco María de la Rovera, último poseedor de esta casa.

27. En la misma época y en el seno de la iglesia de Francia, que apenas estaba libre de los atentados del calvinismo, y que ya se veia amenazada de una nueva heregía ó de una reproduccion disfrazada de los mismos errores, levantábase uno de aquellos hombres de la diestra del Altísimo, poderoso en obras y en palabras, ángel de consejo para los Reyes mismos, resorte de todas las grandes obras de piedad hechas en un imperio, tanto mas venerado, quanto su profunda humildad aspiraba únicamente á la obscuridad y al olvido de los hombres: y para caracterizarle con un solo rasgo, debemos decir que habia sido enviado por el cielo para poner de manifesto la heregía en los apologistas afectados del poder de la gracia y de la pureza de la moral. Nació Vicente de Paul en 1576



en la aldea de Poui, cerca de Acqs, de padres pobres, pero muy temerosos de Dios, quienes inspiraronle desde muy niño grandes sentimientos de religion. Estudió en Acqs y en Tolosa, y habiéndose embarcado despues en Marsella, adonde habia ido á despachar ciertos asuntos, fue cogido por unos piratas, y llevado cautivo á Berbería. Por primicias de su celo verdaderamente apostólico convirtió al renegado á quien servia, y volvió con él á Europa. Pasó á París, y vivió dos años con los padres del oratorio, quienes le proporcionaron el curato de Clichy, preferible, segun este humilde siervo de Dios, á la abadía de San Leonardo de Chame, que le habia sido ofrecida, y al empleo de limosnero de la Reina Margarita. Establecióse luego en la casa de Gondi, donde apreciaban en extremo la virtud; y llevado de su espíritu apostólico, dió las primeras pruebas de su talento en las misiones del territorio de Gannes, provincia de Picardia. El feliz éxito que logró entonces, le incitó á emprender otras expediciones evangélicas, con tanto fruto que le instaron muchas personas piadosas á que fundase una congregacion á fin de perpetuar estas tareas tan útiles á la Iglesia.

28. Mr. de Gondi, general de las galeras, y su piadosa esposa, le ayudaron con todo su poder. Una multitud de eclesiásticos no menos laboriosos que desinteresados, aspiraron á ser contados en el número de sus discípulos. Y el arzobispo de París, que era tambien de la virtuosa casa de Gondi, aprobó á 24 de Abril de 1626 este nuevo instituto, del que fue

nombrado superior general el santo fundador. Por real cédula del mes de Mayo de 1627 se permitió que pudiese establecerse en todas las provincias del reino; y cinco años despues la erigió el Sumo Pontífice en congregacion con el nombre de sacerdotes de la mision. Llamanlos por lo comun lazaristas, á causa del priorato de San Lázaro, que les dieron por primera casa. El contrato de esta fundacion, dictado por la modestia del fundador, dice que se obligarán los misioneros á no predicar ni administrar los sacramentos en las ciudades donde haya silla arzobispal, episcopal, ó tribunal que egerza jurisdiccion regia. Poseen en la actualidad mas de ochenta casas, divididas en nueve provincias, en las que tratan en primer lugar de la direccion de los seminarios, tan importante para el bien de la Iglesia. Despues observaremos á su santo fundador, á pesar de todas las conexiones y respetos humanos, hacer á esta Iglesia unos servicios aun mas esenciales, ó á lo menos de una relacion mas directa con la conservacion de la fe, que es su principal depósito.

29. Por este propio tiempo, un religioso particular ocasionó en Francia una tormenta de las mas violentas contra la compañía de Jesus. Santarelli, jesuita italiano, habia publicado en Roma un libro con la aprobacion del teniente de vicario general del Papa y del maestro del sacro palacio, en que se decia que el Sumo Pontífice puede castigar á los Reyes con penas temporales, y dispensar á sus vasallos, por justas causas, del juramento de fidelidad, como se habia



practicado siempre en la Iglesia. Habiendo leído con rapidéz este libro algunos jesuitas en casa de un librero de París que habia recibido seis egemplares de Roma, comunicaron sus inquietudes y recelos á su provincial el padre Coton, quien ordenó que se sacasen de aquella librería dichos egemplares. Pero un doctor, no menos curioso y mas diligente que los jesuitas, habia visto ya la obra, y formó de ella un extracto que circuló por todo París. Para comprobarle era necesario tener el libro á la vista; y un magistrado del parlamento despachó un espreso á Leon, de donde le llevaron un egemplar en el espacio de ocho dias. Delataronle á un mismo tiempo al parlamento y á la Sorbona, y siguieron este asunto con igual ardor en ambos tribunales.

Sin contar los escritos de Mariana y de Belarmino, de que ya hemos hablado, era el de Santarelli el tercero, entre las obras de alguna celebridad, escritas en poco tiempo por los jesuitas sobre unas materias tan delicadas. Becano, profesor de teología en Maguncia, habia sublimado tanto la potestad pontificia, ó por mejor decir, se habia servido de unas espresiones tan indebidas, que el mismo Padre Santo se vió precisado á condenar su obra. Suarez, que habia escrito á instancia del Papa, complació tanto á su Santidad, que recibió un breve lleno de elógios en accion de gracias.

No dejaron los jesuitas franceses de hacer presente á los magistrados, que todos aquellos escritos se habian publicado por jesuitas estrangeros, y sin que

sus autores hubiesen sido jamás inquietados por sus Soberanos naturales. Exigia la equidad que hasta cierto punto se atendiese á estas representaciones, porque en las comunidades, y especialmente en las que son muy numerosas, no seria justo hacer responsables á todos sus individuos de los deslices de cada uno de ellos. Pero tambien en las comunidades, y sobre todo en las que están mas unidas y miran la diferencia de doctrina como un principio de disension, reina un espíritu del comun que por lo regular las inclina á abrazar las opiniones de sus varios miembros, principalmente cuando están revestidas de una apariencia de religion. Que los demás estados hubiesen considerado este asunto sin interés, fue lo que menos fuerza hizo á la escuela y á la magistratura de Francia, porque en la realidad no se trataba de lo que se habia hecho, sino de lo que debia hacerse.

Condenaron y quemaron la obra de Santarelli en la plaza de Greve; y si hubieran seguido la opinion de algunos magistrados, se habria llevado á efecto la sentencia en el patio de la casa principal de los jesuitas, con citacion y asistencia de todos los religiosos. Por lo demás, sufrieron todo el oprobio imaginable en la persona de los tres superiores de sus casas de París, quienes tuvieron que presentarse en el parlamento donde el esceso de su humildad convirtió en compasion todo el furor que se habia concebido contra ellos; pues se trató, no solo de que abjurasen las máximas ultramontanas, sino de que fuesen arrojados con ignominia del reino. En fin, acudió el Rey á



socorrer á estos religiosos, y el primer ministro que por sus ideas particulares habia pretendido contrariar el que usase el Príncipe de su bondad, se contentó con exigir que firmasen la censura que de la doctrina de Santarelli diese la Sorbona y el clero. El parlamento por su parte no les pidió mas que una simple declaracion acerca de la independenciam de los Reyes de Francia en cuanto á lo temporal, lo que egecutaron sin dificultad alguna, porque en este punto opinaban como los demás franceses.

30. Mientras sufrían estos padres tormentas tan desechas, cultivaban sus hermanos con todo esmero las vastas misiones de Turquía, y prepararon en ellas una mies tan abundante, que no fueron bastantes ellos solos á recogerla. Como estaban bajo la proteccion de la Francia, nombró el Papa por superior de aquellos establecimientos al célebre padre Josef, el cual envió á Constantinopla gran número de operarios evangélicos de su misma orden. Con el auxilio de estos dignos hijos de San Francisco, de todo punto unidos con los de Ignacio, se consiguió que las cristiandades de levante, desfiguradas en el espacio de tantos siglos, llegasen por lo menos á presentar alguna imágen de lo que habian sido en lo antiguo.

31. En las misiones de América por el contrario, se cometió por parte de los europeos mas distinguidos un exceso capáz de escandalizar á los mismos idólatras. Un caballero de la orden de Santiago, á quien perseguía la justicia, se refugió en el convento de los dominicos de la ciudad de Méjico. Desde luego

ordenó el virey que cercasen el convento para que no pudiese escaparse el reo. Empeñóse el arzobispo en que se retirasen los guardas, y no habiendo querido éstos obedecerle, pasó á escomulgarlos. Irritado el virey, mandó que prendiesen al arzobispo y le llevasen al puerto mas cercano, para trasladarle desde allí á España, y aun habia dado orden para que le pusiesen grillos luego que llegase al puerto. Sabido esto por el prelado, se retiró á una iglesia, se vistió de pontifical, tomó el Santísimo Sacramento y se le llevó consigo, ordenando á los eclesiásticos que hiciesen lo mismo en todas partes, y que no celebrasen el santo sacrificio. El pueblo se enfureció tanto á consecuencia de esta resolución, que corrió precipitadamente á casa del virey, y le habria abrasado en su palacio, si no se hubiera refugiado á toda prisa en el convento de franciscos. Despues de esto pasó el prelado por propia voluntad á España, y espuso sus quejas contra el virey, el cual fue depuesto de su empleo (\*).

32. Este escándalo, reparado con presteza, no entibió el ardor ni disminuyó los progresos de los

(\*) La acendrada piedad de Felipe III no podia dejar impune el atrevimiento del virey de Méjico, que con su declarada persecucion contra el arzobispo de aquella metrópoli, contrariaba las principales miras de su Soberano; porque nada habia mas sagrado para aquel Monarca religioso que los intereses y el esplendor de la Iglesia. En efecto, como ha observado un escritor juicioso, si las buenas cualidades de un Príncipe se redujesen solo á la piedad, la historia de España apenas podria ofrecer reinado mas recomendable que el de Felipe III.



operarios evangélicos en aquellas misiones, tan bien establecidas ya que daban la mano á las demás naciones para salir de las sombras de la muerte, ó para resistir á las potestades que se empeñaban en volver á sumergirlas en ellas. Desde Méjico y Filipinas, como tambien desde el continente y desde todas las islas cristianas de la India, pasaban de continuo intrépidos misioneros al Japón, donde la perspectiva de la muerte mas cruel era para ellos un poderoso aliciente. En efecto, jamás se vió allí mayor número de operarios evangélicos de todas las órdenes religiosas, que en el imperio de Xogun-Sama II, y de su hijo To-Xogun-Sama, que fue el mónstruo esterminador de la fe en aquellos dilatados dominios.

Parece que nada puede añadirse á lo que hemos referido hasta aquí de la atróz crueldad de los perseguidores y de la constancia increíble de los fieles de aquella nacion. No hemos hecho sin embargo mas que tratar superficialmente de esta materia, y no acabaríamos jamás si pretendiésemos decir todo lo que hay en ella. Por lo tanto es necesario que nos contentemos con presentar los rasgos que tienen una relacion directa con nuestro objeto, eligiéndolos de tal suerte que puedan dar una idea cabal del todo.

33. Tal es en primer lugar la historia de un mozo coréo, llamado Caya, en quien quiso el cielo mostrarnos los caminos de la Providencia, ó á lo menos algunos de sus infinitos recursos en la vocacion de los infieles, que con los auxilios comunes de la gracia se esfuerzan á observar la ley natural. Tenia Caya

muy pocos años, cuando sintió un vehemente deseo de la verdadera felicidad, de una felicidad que no tuviese fin. Luego que llegó á tener uso de razon, pensó con seriedad en los medios de adquirir lo que deseaba; y á este efecto se retiró á un desierto, donde vivió mucho tiempo sin otra morada que una caverna. Allí pasaba una vida muy inocente y aun muy austera, absteniéndose de todo lo que no era absolutamente necesario, y tratando continuamente de los medios de conseguir la felicidad verdadera. Una noche que se habia quedado dormido pensando en este objeto, se le apareció un hombre de celestial presencia, le alentó y le ofreció que al año siguiente llegaría al término de sus deseos. No se habia cumplido el año cuando invadieron los japoses la Coréa, y le esclavizaron. Habiendo naufragado el navío que le llevaba al Japón, le arrojó en la costa, sin que pareciese su amo, el cual es probable que habria muerto en el mar, y como quiera que sea recobró el esclavo su libertad. Viéndose libre siguió el camino de Meaco, y se retiró á un convento de bonzos muy famosos, donde se prometia encontrar lo que buscaba con tanto anhelo. Pero no tardó en descubrir cuánto se habia equivocado: lo que le causó una pesadumbre tan grande, que perdió la salud, quedando frustradas sus esperanzas.

Apenas se restableció abandonó aquella casa, y el mismo dia en que salió de ella encontró á un cristiano, á quien contó con claridad sus trabajos y aventuras. Éste le presentó inmediatamente á los jesuitas,



los cuales le dieron noticia de nuestros santos misterios. Como buscaba sinceramente la verdad, la abrazó al momento que tuvo la dicha de conocerla, y pidió el bautismo. Habiéndole enseñado un misionero un cuadro de nuestro Señor Jesucristo, cuando se le estaba instruyendo: „¡ay! padre mio (esclamó), ese es el que vi yo en mi caverna, y el que me ofreció la suerte feliz que por último he logrado.” Aquella alma, favorecida con unas señales tan claras de predestinacion, dió egemplos admirables de todas las virtudes. No consintió en separarse el neófito de los misioneros que le habian instruido, los acompañó, como catequista, en sus viages mas difíciles y peligrosos, y al fin fue preso y quemado á fuego lento por su adhesion á la fe.

34. Fue esta una de las primeras víctimas sacrificadas despues del corto descanso que el Emperador habia otorgado á los fieles, para dedicarse enteramente á subyugar los Reyes del Japón. Reducidos á la clase de simples vasallos, ó por mejor decir, de viles esclavos, diéronse prisa todos aquellos Soberanos degradados á hacerle la corte, maltratando á porfia á los cristianos, y disputándose la gloria de inventar los mas crueles suplicios, como el medio mas seguro de conseguir el favor del tirano comun. Entonces pareció la pena del fuego un tratamiento muy suave, y se pusieron en egecucion todos los inventos de la mas bárbara crueldad. Algunos holandeses, que presenciaron estas inhumanidades, hablan de ellas con horror. A unos (dicen) les arrancaban las uñas, á otros

les taladraban los brazos y las piernas con barrenos, y á los mas les metian lesnas entre uña y carne, cuya operacion se seguia por espacio de muchos dias. Arrojábanlos en hoyos llenos de víboras, les ataban á la nariz unos cañutos llenos de azufre y de otras materias mas desagradables, les aplicaban fuego y soplaban con fuerza para que tragasen todo el humo, causándoles unas sofocaciones, unas convulsiones y unos dolores inesplicables. Clavábanles por todo el cuerpo cañas puntiagudas: les aplicaban hachas encendidas á las partes mas sensibles del cuerpo: los colgaban, y descargaban sobre ellos tantos azotes que quedaban descarnados los huesos. No acabaríamos nunca si refiriésemos menudamente todas las atrocidades que se cometieron allí contra los cristianos.

35. A una señora muy distinguida, llamada Susana, la desnudaron del todo, ultrage mil veces mas insufrible para las mugeres del Japón que todos los suplicios; y en este estado la colgaron de los cabellos á un árbol, en ocasion de soplar un frio muy penetrante. Tenia consigo una niña de pecho, á la cual desnudaron del mismo modo, y la ataron á los pies de la madre. Al cabo de tres horas desataron á ésta y la volvieron sus vestidos. Pretendió entonces dar de mamar á su hija; pero estaban tan rígidos sus miembros, que no pudo ni aun estender el brazo. La niña habia muerto, porque á fuerza de llorar se la rompieron los vasos, y la ahogó la sangre que salió de ellos. En este estado de abatimiento y de dolor hicieron á la madre las ofertas mas lisongeras en



nombre del presidente del suplicio; pero ella contestó con una risa de desprecio. Enfurecido aquel ministro, la amenazó diciendo que la pondria en un sitio de prostitucion, y la abandonaria á la insolencia de sus criados: á lo que respondió con mayores muestras de desprecio. Desesperanzado el tirano de vencerla de una vez por medio de una crueldad estremada, quiso rendirla poco á poco, dilatándola los tormentos. La pusieron una argolla al cuello, la llevaron á un establo, y la ataron entre los animales con una cadena muy gruesa. Permaneció allí hasta la noche, alabando á Dios continuamente, despues de lo cual la llevaron á una cocina, donde estuvo seis meses atada á un poste, siendo el juguete de los criados mas despreciables. Permaneciendo siempre con igual firmeza despues de tantas pruebas, la trasladaron á Nangazaqui, donde consumó su martirio en compañía de su esposo y de otros muchos fieles de ambos sexos. Como todos ellos mostraban la misma constancia, y cuanto se egecutaba para vencerlos cedia en confusion y oprobio de sus verdugos, aceleraron éstos su muerte, degollando á las mugeres y quemando á los hombres.

36. En Midrusava desnudaron enteramente á sesenta confesores dirigidos por el padre Carvalho, jesuita, y en lo mas cruel del invierno los llevaron á la orilla del rio, donde habian abierto unos hoyos con dos pies de agua cada uno. Hicieron que se sentasen en ellos, y viéndolos ateridos de frio, les prometian sacarlos de allí si renunciaban á Jesucristo,

amenazándolos por el contrario que si perseveraban, sufririan el suplicio del fuego despues de los rigores del frio. Hombres y mugeres gritaron todos á una voz, que el mayor gusto que podian darles era aumentar el precio de su corona con todo género de tormentos. Tres horas los tuvieron en aquellas aguas heladas, despues de lo cual los sacaron tan penetrados del frio, que cayeron todos sobre la arena, y dos de ellos murieron al instante. Pasados algunos dias los pusieron de nuevo dentro del agua, teniéndolos de pie al principio, y luego sentados, y los dejaron allí desde el medio dia hasta la noche. Entonces espiraron todos en muy poco tiempo, á escepcion del misionero que vivió hasta la media noche, sin embargo de que era de complexion muy delicada. Le reservó el Señor para que sostuviese la constancia de sus hijos en Jesucristo, y le otorgó el consuelo de ver que todos ellos consiguieron la corona, sin que hubiese ni uno solo que diese la menor señal de flaqueza.

37. El Príncipe de Ximabara sorprendió á otros cincuenta cristianos, y mandó que los paseasen por toda la ciudad en un estado tan contrario al pudor, que solo podia haberle sugerido el mismo infierno. Dispuso despues que los llevasen arrastrando al lugar del suplicio. Habia entre ellos seis hombres y una muger que mostraban mas deseos de padecer que todos los otros, y el tirano los trató con una barbarie que careció de egemplar. Mandó abrir siete hoyos, donde se pusieron las cruces en que fueron atados los